



«ES CRISTO QUIEN VIVE EN MÍ» (Ga 2,20) Gozosa y feliz Pascua de Resurrección

Se acerca, un año más, la fiesta grande de Pascua. En ella conmemoramos la Resurrección del Señor, su triunfo sobre el pecado y la muerte. En ella se nos ofrecen la garantía y la seguridad de nuestra propia resurrección. Estamos hechos, no para el tiempo, sino para la eternidad. «La liturgia aplica las palabras del Salmo 23 a la bajada de Jesús en la noche de la muerte: “¡Portones, alzad los dinteles, que se alcen las antiguas compuertas!”. Las puertas de la muerte están cerradas, nadie puede volver atrás desde allí. No hay una llave para estas puertas de hierro. Cristo, en cambio, tiene esta llave. Su cruz abre las puertas de la muerte, las puertas irrevocables. Ahora, éstas ya no son insuperables. Su cruz, la radicalidad de su amor, es la llave que abre estas puertas. El amor de Cristo que, siendo Dios, se hizo ser humano para poder morir; este amor tiene la fuerza para abrir las puertas. Este amor es más fuerte que la muerte»¹. «Nos dirigimos –explicaba un día san Agustín– por un camino fatigoso a la patria tranquila, donde, depuestas preocupaciones, no nos quedará más que el aleluya»². Es decir, el canto de alegría, de alabanza perpetua al Señor, de gozo espontáneo y definitivo...

Os felicito cordialmente a todos, después de haber celebrado la Pasión, Muerte y Resurrección de nuestro Salvador, en el interior de las iglesias y capillas y en las manifestaciones de religiosidad popular por calles y plazas. Y os animo a elevarnos un poco sobre el polvo de la tierra, sobre lo efímero, lo pasajero, lo contingente, poniendo nuestra mirada en la altura, en la elevación, ¡en el cielo! En efecto, «el alma es inmortal, porque el ser humano está de modo singular en la memoria y en el amor de Dios, incluso después de su caída. Pero su fuerza no basta para elevarse hacia Dios. No tenemos alas que podrían llevarnos hasta aquella altura. Y, sin embargo, nada puede satisfacer eternamente a una persona sino el estar con Dios. Una eternidad sin esta unión con Dios sería una condena. El ser humano no logra llegar arriba, pero anhela ir hacia arriba... Sólo Cristo

¹ BENEDICTO XVI, *Homilía en la vigilia de la noche de Pascua*, 7 de abril de 2007.

² SAN AGUSTÍN, *Sermón 255*, 1.

resucitado puede llevarnos hacia arriba, hasta la unión con Dios, hasta donde no pueden llegar nuestras fuerzas. Él carga verdaderamente la oveja extraviada sobre sus hombros y la lleva a casa»³.

Que las circunstancias que nos afectan y preocupan no puedan más que nuestro esfuerzo comunitario, fortalecido siempre por la mano poderosa de Dios, nuestro Padre. Dejémonos impregnar del gozo y la alegría pascuales, porque Pascua de Resurrección es «la fiesta de las fiestas, la solemnidad de las solemnidades: como el sol eclipsa a las estrellas, así esta fiesta eclipsa a todas las demás, no solamente a las fiestas de los hombres y a las puramente terrenas, sino también a las fiestas de Cristo mismo y que se celebran en su honor. Ayer el Cordero había sido inmolado; y las puertas, ungidas con su sangre... Hoy nos hemos liberado definitivamente de Egipto y del Faraón... Nada puede impedirnos ya celebrar, para gloria del Señor nuestro Dios, la fiesta del Éxodo y celebrarla *no con la vieja levadura, no con la levadura de la malicia y de la perversidad, sino con los ázimos de la pureza y la verdad...* Ayer yo estaba puesto en la cruz con Cristo, hoy estoy glorificado con Él. Ayer yo estaba muerto con Él, hoy estoy vivificado con Él. Ayer estaba sepultado con Él, hoy yo resucito con Él»⁴.

Felicidades, ¡ánimo y adelante!



✠ Rafael Palmero Ramos
Obispo de Orihuela – Alicante

³ BENEDICTO XVI, *Homilía en la vigilia de la noche de Pascua*, 7 de abril de 2007.

⁴ SAN GREGORIO NACIANZENO, *Sermón 45*, 2.